

PRÓXIMO NÚMERO:

La original novela

Cordelia, la Magnífica

Muy interesante asunto.

Desenlace inesperado.

Triunfo del verdadero amor.

PROTAGONISTA:

CLARA KIMBALL YOUNG

Postal-fotografía-regalo:

Geneviève Félix

Numerosas ilustraciones fotográficas.

Precio: 25 céntimos.

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles. En toda España.

E. VERDAQUER MORERA.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 146

25 cts.



LA REINA DE
LAS MUÑECAS

por
María Jacobíni
y Harry Liedtke

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 146

La reina de las muñecas

Comedia frívola, puesta en escena por Genaro Righelli

Interpretación de

María Jacobini y Harry Liedtke

TRIANON FILMS, A. G.
BERLIN

GRANDES EXCLUSIVAS

DE

MODESTO PASCÓ
Rambla de Cataluña, 62 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JEAN ANGELO

La reina de las muñecas

Argumento de la película de dicho título

La vida se desliza, ligera y amable, en uno de esos grandes hoteles que son en París el punto de reunión del "snobismo" internacional.

El conde Claudio Duplessis, dotado de buen humor, buena salud y buenos millones, esas tres poderosas palancas con que se doma a la Vida, acababa de llegar a la Ciudad Luz, procedente de su remota provincia.

Acostumbraba a menudo mariposear por el *grill-room* del hotel, el jocundo Armando Raymond, uno de los mejores amigos de Duplessis, cada día más empeñado en hacer del otoño de su vida una eterna primavera.

El encuentro causó a ambos una gran alegría.

—Encantado, *mon cher*. ¿Vienes a París a divertirme, naturalmente, a hacer rodar un poco las viejas monedas de oro de tus mayores?—díjole al Conde su amigo.

—No, Armando, no; me propongo emplear una parte de mi fortuna en alguna industria o comercio.

—¡Cómo! ¿Que vienes a asuntos de negocios? ¿Tú convertido en hombre calculador?... ¡Te timarán, Claudio, te timarán!

—Hombre, seré tonto, si así te parece, pero no completamente idiota para dejar que me roben.

—Aquí hay que andar con los ojos muy abiertos, Claudio. Ya sabes; si necesitas la ayuda de mi experiencia, estoy a tu disposición.

—Gracias. Hasta mañana. Voy a retirarme a mi cuarto.

—Que descanses.

Por una equivocación del encargado del hotel, la habitación número 13, la que Claudio se había hecho reservar, era la que desde tiempo atrás ocupaba *mademoiselle* Lulú, la encantadora estrella del "Ba-ta-clan", el cabaret de moda.

Esa señorita se disponía a acostarse cuando Claudio, ajeno de ello, entró en el cuarto.

—¡Cielos, qué mujer!—exclamó para sí al ver a la francesa en estupendo *déshabillé*.

—¡Oh!—dijo ella, cubriéndose el escote y las preciosas piernas.

Claudio, asombrado, aproximóse a la artista, y como ella lo miraba con recelo, le preguntó:

—¿Puedo saber con qué derecho está usted en mi habitación, señorita?

—Igual pregunta iba yo a dirigirle a usted, caballero, porque la propietaria, por ahora, de esta habitación, soy yo. Puede usted mismo convencerse.

—Idéntico documento que usted tengo yo para afirmar que esta habitación es mía.

—Pero si es usted galante...

—Claro, podría llamar al encargado, ¿no es verdad?, y arreglaría el caso de manera que uno de los dos, usted o yo, se marchase a otra habitación...

—¡Yo no! ¡Yo estoy en mi cuarto y no saldré de él por las buenas ni por las malas!

—¡Caramba, señorita! Lo propio podría yo decirle a usted...

—Haga usted el favor de marcharse. Yo me acuesto.

—A ello tengo yo el mismo derecho que usted.

—¡La cama es mía, y basta! Si tiene usted sueño, váyase a dormir al pasillo o tome café para espabilarse.

—¡Señor, qué cosas pasan en París!

—¡Váyase usted ya, por favor!

—Señorita, es demasiado agradable su compañía

para que cometa la tontería de marcharme. Como estamos en igualdad de derechos, por esta noche compartiré su habitación.

—¡Qué atrevimiento!

—No se esconda usted. Le aseguro que no soy un sujeto peligroso. Ahora que, si le soy un sujeto antipático...

—Yo no le dije tal cosa...; por el contrario, parece usted un buen chico.

—Un chico mayorcito razonable, no se engañó usted. Conque aquí me quedo. Duerma sin cuidado. Yo me contentaré con un sillón... y mañana será otro día.

—¿Y el escándalo?

—¿Si usted no grita qué escándalo va a haber? Vamos, tenga usted confianza en mí. Soy un provinciano pacífico. No he roto nunca ningún plato. Y ahora, con su permiso, mientras usted descansa arrebujada en las sábanas—que me causan mucha envidia—, yo voy a llamar al camarero.

—¿Qué se propone usted?

—Tomar algún alimento antes de entregarme a Morfeo.

—¿A quién?

—¿No sabe usted quién es Morfeo? Pues, sencillamente: el padre de la Morfina. Con ésta se duerme mejor... porque es mujer... ¡Ah! Pase, pase, *garçon*. (Escóndase usted bien, señorita.) Traiga un *souper froid*, pero abundante, ¿eh?... así como para dos personas. ¡Tengo mucha hambre!... ¡Ah! Y que no falte el champaña.

—En seguida, señor.

Al poco volvió el camarero con la cena y de nuevo desapareció.

Entonces Lulú, encantada de la aventura, con un Marqués nada menos, ¡qué atrocidad!, asomó su linda cabeza por entre las ropas de la cama, y co-

brando repentinamente apetito, no se hizo de rogar para compartir la agradable cena con Claudio.

Y desde aquel momento el noble y la bailarina eran los mejores amigos del mundo.

Cuando más tranquilos estaban uno y otro, Armando entró en el cuarto, apresurándose Lulú torpemente a esconderse entre las sábanas, quedando parte de sus piernas al descubierto y saliendo del lecho.



...el noble y la bailarina eran los mejores amigos del mundo.

—¿Qué me quieres a esta hora tan poco oportuna, querido amigo?

—Disculpa mi importunidad, Claudio, porque vengo a comunicarte cosas muy interesantes para ti. Es verdad que todavía no has solicitado el auxilio de mi experiencia, pero yo me adelanto a dártelo... Aquí tienes varios planes de negocios, todos de ganancias colosales...

Al sentarse, frente a su amigo, en el borde de la cama, Armando vió los pies de la oculta bailarina, y, comprendiendo que allí él estaba de más, tomó las de Villadiego, sin vuelta, mas no sin soltarle previamente un reproche a su amigo:

—¡Ah, Don Juan!... ¿De modo que son éstos los negocios que te traían a París? Abur, chico, abur.

Lulú salió otra vez de su escondite.

—Afortunadamente, su amigo no me vió la cara— dijo a Claudio.

—Eso, afortunadamente; porque si se la ve... se queda.

Después de cenar, Claudio, portándose como un caballero modelo, dejó que Lulú durmiera en paz en la cama, y él no tardó en hacerlo en un sillón, tal como lo prometiera unas horas atrás.

A altas horas de la noche, un rata de hotel se introdujo en la habitación número 13; era Marcelo Viterbo, el amigo de turno de *mademoiselle* Lulú.

El "fresco", al ver en una silla la americana de Claudio, le registró los bolsillos y apoderóse de sus documentos personales y además de su maleta. Al ir a salir, Lulú se despertó y quiso impedirle tal robo.

—¿Por qué haces eso, Marcelo? No te lleses nada, te lo ruego. Ese señor es un perfecto caballero, y además se ha portado muy bien conmigo.

—Déjame, Lulú. Ese papel que te dejé ahí encima cuando me disponía a partir, te explicará mi conducta. Adiós.

Lulú leyó la nota dejada por su *amant de cœur*, redactada como sigue:

Lulú:

Por si te encuentro dormida te dejo estas líneas para decirte que me largo de París por una temporada, pues la "poli" me pisa los talones. Hasta pronto.

Marcelo.

Algún tiempo después, en Saint-Moritz, donde los amantes de los deportes invernales se dedicaban al activo juego de la "caza del zorro", Marcelo ocultaba su verdadera personalidad bajo el falso nombre de conde Claudio Duplessis.

Por ser hija de un poderoso fabricante de muñecas, se conocía a Adelina Armelle en la estación invernal por el sobrenombre de "la Reina de las muñecas". Era una de las más ricas herederas, y, por lo tanto, un partido tentador para los cazadores de dotes.

En la belleza, sobre todo, en los millones de Adelina, había puesto sus ojos el rata de hotel Marcelo Viterbo, que triunfaba como distinguido noble.

Adelina, alucinada por el brillo de la corona condal, no echaba en saco roto las galansterías de su pretendiente, y un día, durante un paseo por las nieves, ella entró a descansar un rato en una cabaña de refugio en la montaña, siguiéndola el "Conde", después de haber encargado a una montañesa que cerrase la puerta con llave por fuera.

—¿Por qué han cerrado? ¡Ah, Conde! ¡Esto es un lazo que me ha tendido, pero conmigo no se juega!—dijo ella, amenazándole, bromeando, con herirle con sus uñas.

Y él, no menos festivo:

—Será un nuevo juego inventado por nuestros amigos. Hará usted bien en guardarse esas energías, porque soy hombre de armas tomar.

Y le apuntó el pecho con... una pipa.

—¡Me rindo! ¡Me rindo!

—Entonces podemos hablar, frente a frente, de cosas muy interesantes. Por ejemplo, ¿no tiene usted novio, verdad?

Las horas fueron pasando. Adelina no se preocupaba por lo que estaría pensando de ella en aque-

llos momentos su tía Marta Armelle, solterona en la cima de los cuarenta.

En efecto, ésta, a cuya custodia estaba confiada Adelina, comentaba con inquietud en el hotel la inexplicable tardanza de su sobrina.

—Ayúdenme ustedes, señores. A mi Adelina le ha pasado algo, no me cabe duda... Vamos a salir a buscarla, aun a trueque de pillar una pulmonía.

Algunas parejas se pusieron de parte de la solterona, y poco después se presentaban todos en la cabaña.

Adelina se había resignado a esperar y en esta espera llegó la noche.

Al ver a sus amigos y a su tía, ante sí, creyó que en realidad se trataba de una broma, mas pronto se convenció de que no lo era, sino un truco del "Conde" para que ella no pudiera negarse a casarse con él.

—¡Tú aquí, Adelina!... ¡Y con un títere!—le objetó, furibunda, su tía.

—¡Rechuleta! Me llama títere)—murmuró Marcelo, ansioso de conocer el resultado de su combinación.

—¿Qué has hecho del honor de nuestra casa, Adelina?—añadió la tía.

Los amigos trataron de calmarla, recordándole que vivían en el siglo xx, pero Adelina se rió a carcajadas al adivinar lo que pensaban de ella su tía y los otros, y le dijo al "Conde":

—Querido Claudio, haga usted el favor de explicarle a mi tía que usted se encarga de dejar perfectamente limpio el honor de mi casa.

—Ya lo creo, señorita. Una simple explicación bastaría. La verdad se vería libre de dudas escuchándola con mi palabra de honor. Pero prefiero hacer otra cosa... y a tal objeto le pregunto a usted, señorita: ¿quiere ser mi esposa?

Adelina, radiante de satisfacción, accedió,

Los amigos cumplimentaron efusivamente a los prometidos.

Y la solterona, llena de orgullo porque iba a ser tía de una Condesa, exclamó:

—¡Oh, un Conde! ¡Ya suponía yo que mi sobrina no podía comprometerse más que con un caballero!

Y llegó el día de la boda.



—Querido Claudio, haga usted el favor de explicarle a mi tía que usted se encarga de dejar perfectamente limpio el honor de mi casa.

Mientras, después de la ceremonia, Adelina enseñaba a los invitados los regalos recibidos, ponderando el de su marido el "Conde", Claudio, el verdadero Conde, recibía en el hotel de París la siguiente carta:

*Joyería Martin**Señor conde de Duplessis.**Distinguido señor:*

Con la mayor consideración tenemos el honor de recordarle que ha quedado usted en pasar hoy por esta su casa, para hacernos efectivos los 200.000 francos, importe de la diadema que adquirió usted para su señora esposa.

Le saludan sus afmós. s. s. q. c. s. m.

J. J. F. Martin.



...Adelina enseñaba a los invitados los regalos recibidos, ponderando el de su marido.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¡Que yo he comprado una joya de un quinto de millón! ¡Estafa! ¡Estafa!—gritó Claudio. Y cogiendo el teléfono—: ¡Policía! ¡Policía!

—¡Diga! ¡Diga ya, señor!... Sí, señor, habla usted con la Comisaría de Policía... ¿Cómo dice?... ¿Que ha sido usted víctima de una estafa?...

En Saint-Moritz, la tía Marta, más ufana que un pavo real, se acercaba a los palominos y les decía:

—Bien, hijos míos, ya se va acercando la hora del viaje, y será conveniente ir arreglándolo todo.

Adelina se preparó para partir con su esposo hacia la gloria, y entretanto tía Marta no se cansaba de enseñar a la gente el valioso regalo del “Conde” a su esposa.

—Es una atención verdaderamente aristocrática, ¿no es cierto?

Inopinadamente, un camarero entregó a Adelina un paquete para ella y una carta para el “Conde”.

—Será un nuevo regalo. Voy a ver. Toma tú, marido, la carta.

Marcelo, temiendo alguna desagradable sorpresa a última hora, rasgó el sobre y desdobló el escrito, en el que leyó:

Querido Claudio: Aunque has cometido la incorrección de no invitarme a tu boda, de la cual me he enterado por los periódicos fuera de París, del que me he ausentado por unos días, no quiero que te falten los consejos de mi experiencia en acto tan trascendental, y aquí estoy. Precede a mi visita un regalito para tu señora, a la que desea vivamente conocer tu amigo

Armando Raymond.

—¡Atiza! Ahora un “amigo” nada menos viene a desbaratarme el negocio. Lo que es yo no lo recibo.)

Adelina, después de quitar inúmeros envoltorios de papel, encontró en el fondo de una caja de metal de unos veinticinco centímetros de largo por quince de ancho, un estuche con una joya representando un escarabajo de la suerte.

—¿Quién manda esto, Claudio?—preguntó Adelina a su marido.

—Un amigo... Nos conocemos mucho... sí, desde que yo estudiaba Leyes...

—A ver; déjame enterarme de lo que te dice...

—Nada interesante. Es un muchacho que tiene la manía de dar lecciones a todo el mundo. Y no quiero verle... Lo mejor es recoger en seguida las joyas y salir de aquí sin que nadie nos vea.

—Pero ¿por qué, Claudio?

—Así no nos molestarán. Si nos ve la gente no saldremos del hotel hasta pasado mañana.

—No podemos despedirnos a la francesa.

—¿Por ventura somos rusos? Anda, ven.

—¡Qué raro eres, Claudio!

—Yo me encargo de la maleta. De prisa, mujer, sino ese amigo mío se nos presenta en el cuarto y ¡nos lucimos! Habla más que siete cotorras juntas... y no hay bastante perejil en Francia para hacerle callar.

Pero en aquel momento, la policía se presentaba en el hotel, unos segundos después de hacerlo Armando.

—Sabemos que hay aquí un sujeto que se hace pasar por el conde Duplessis y tenemos entendido que es un rata de hotel peligrosísimo—dijeron los agentes al encargado.

Se supone el revuelo que esta noticia causó en el establecimiento y las precauciones que se tomaron para detener al falso Conde.

Armando, en busca del verdadero Claudio, vió en la habitación de los recién casados a un joven desconocido—que no era otro que Marcelo (Adelina se arreglaba en la pieza contigua)—y se disculpó por haberse probablemente equivocado de habitación.

—Usted perdone... No es éste el aposento del conde Duplessis.

—¿Del Conde qué?... No, no, señor... Yo no soy el Conde. ¿Y usted?

—Yo soy su mejor amigo.

—¡Ah, sí, Armando!

—¡Cómo! ¿Usted me conoce? ¡Entonces también conoce al Conde!

—¿Yo?... ¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Pero...

—¡Basta! No busqué saber... ¡Arriba las manos!

—¡Qué es esto!

—Ya lo puede ver: un seis balas que no fallan.

—Ya, ya... Pero ¿qué va usted a hacer conmigo? ¿Se cree que soy un ladrón?

—Pase ahí dentro. Es el cuarto de baño. Puede utilizarlo, si gusta.

—Pero...

—No hay un minuto que perder. O pasa usted ahí o su vida ya no pasa de aquí.

—Paso ahí, qué demonio.

—Si grita, disparo.

—¡No, cuidado! Desvíe eso, no le vaya a resbalar el dedo.

—Pues adentro.

Armando obedeció tan apresuradamente, que para no caer en la bañera del cuarto, se agarró a la cadena de la ducha... y se proporcionó una mojadura escalofriante.

La policía entró en este momento en la habitación del rata de hotel, pero éste, lejos de asustarse, se portó como bueno.

—¿A quién andan ustedes buscando?

—Al Conde.

—No griten. El Conde está en ese cuartito. Se ha ocultado ahí en cuanto se enteró de la llegada de ustedes.

—¡Ah!, ¿sí?

Y la policía, cayendo en la trampa, penetró en el cuarto de baño donde Armando estornudaba sin parar, y lo detuvieron ¡en nombre de la Ley! Bonito papel el de la Ley.

—Pero...—protestó el inocente.

—¡Sin pero ni violencia, eh! Andando.

Por su parte, Marcelo se reunía con su mujer, a la que había encerrado para evitar que metiera la pata, y la obligaba a seguirle.

—¡Por Dios, Claudio, cómo me tratas!

—No hables. Déjame la maleta. Yo saldré antes.

—¡No quiero, ea! Esto es muy raro.

—¡No seas necia, que me pierdes!

—¿Qué ruido es ése? ¿Quién hay aquí al lado?

—Dame esa maleta, digo. ¿No? ¡Vive Dios que te la arrancaré!

—¡Bruto!

Y Armando salió al pasillo del hotel, ignorando que todos los clientes esperaban para verle salir custodiado por la policía.

Cerradas las salidas por los curiosos, Armando hubo de abrirse paso a tiros al aire, y al oírlos, la policía comprendió que el hombre que habían detenido era otra víctima del rata, lo dejó en libertad para dar alcance al estafador, pero éste había desaparecido como por encanto.

Armando, estornudando otras cuatrocientas tres veces más, se presentó a la casadita sin esposo y sin consuelo, a su tía, que creía volverse loca, y a los invitados en general. Y todos eran a lamentar lo ocurrido.

Al día siguiente, Armando Raymond, convertido en protector de las señoras Armelle, las acompañaba en su viaje de regreso a París, consolándolas:

—Confíen ustedes en mí... Yo soy muy amigo del verdadero conde de Duplessis, y malo será que no encontremos una fórmula para arreglarlo todo.

Por su lado, por obra de la irónica casualidad, Claudio, en su "auto", leía un suelto de la prensa que hablaba de él, es decir del que no siendo él era él.

EL ESCANDALO DE SAINT-MORITZ

Continúa siendo objeto de apasionados comentarios el escándalo ocurrido ayer en un hotel de Saint-

Moritz. Parece ser que el falso conde de Duplessis, protagonista de la tragicomedia, sostiene o ha sostenido relaciones amorosas con la popular bailarina mademoiselle Lulú, "estrella" del "Ba-ta-clan".

—Ese hombre empieza a fastidiarme de veras. ¡Maldito sea! Pero ahora mismo voy a decirle a Lulú que me ayude a desenmascararle, ya que aquella mañana que comprobé el robo de mis documentos personales y de mi maleta, me confesó con pesar que el rata no le era desconocido... Fué su "amigo", no hay duda de ello... pero... ¡Eh, *chouf-feur*, al "Ba-ta-clan", más de prisa!

Ya en el cabaret, escenario de los triunfos de Lulú, Claudio se aisló con ella en un palco, y así le habló:

—Por discreción nunca quise concretar lo que había sido para ti el ladrón que se apoderó de mi pasaporte y de mi maleta la noche que tú y yo nos conocimos, ni quise denunciar el robo entonces para no comprometer tu nombre... pero ahora que sé que le amaste, no dudo que sabes dónde le puedo encontrar, para arreglar cuentas con él. ¿Le tratas aún?

—No, Claudio, te lo prometo.

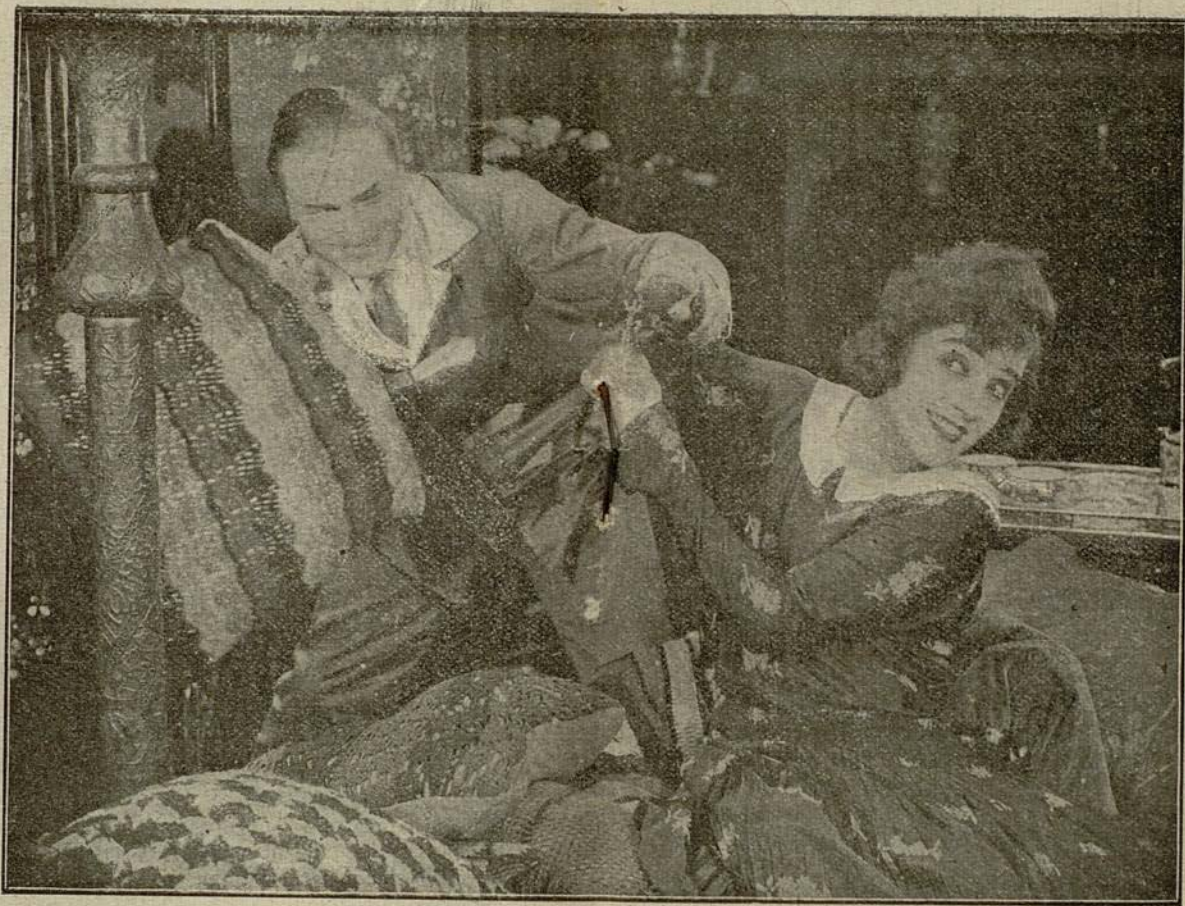
—La policía lo está buscando.

—¿Cómo ha sabido la policía que el sujeto que anda por ahí suplantándote, ha sido un "conocido" mío?

—Muy sencillo: porque yo, para facilitar su labor, la puse en antecedentes de cómo y dónde ese bribón me robó los papeles. Deduzco que en sus pesquisas habrá sabido, por el encargado del hotel, que el ladrón entró en el cuarto número 13 con la misma libertad de otras veces, pensando que sólo te encontraría a tí, cuando yo también estaba allí, equivocadamente...

—Comprendo, comprendo...

Lejos estaba de sospechar Claudio Duplessis que



...Adelina armóse de un pulverizador, y, echándole el perfume en el rostro, pudo tenerlo a raya unos minutos.

su "otro yo" se hallaba a pocos pasos de él, con buena pero cara compañía del sexo enloquecedor, y que, vuelto de espaldas en dirección a él, escuchaba atentamente lo que decía a Lulú.

—¡El canalla!—proseguía Claudio—; Imagínate que no sólo me ha robado y estafado miserablemente, sino que se ha casado en mi nombre!

—¡Qué barbaro!

—Harás una acción meritísima, que yo te premiaré con atenciones, indicándome los lugares que suele frecuentar.

—Dedícate a ir a algunas tabernas del Barrio Latino. Ya te daré una lista.

—Gracias, Lulú. No esperaba menos de ti. Y lo encontraré, Lulú, pierde cuidado que lo encontraré... y ese día, tendré el gusto de enviarte en un estuche las orejas de un ladrón.

—Perdonad, niñas—dijo Marcelo, en acabando de oír la amenaza de Claudio, fingiéndose indispuerto—; debo dejaros. Me entró de repente un frío...

Y, fugándose, se cubrió el rostro hasta las orejas...

Algunos días después, en casa de las Armelle, y con la ayuda de un abogado, se estudiaba el medio de devolver a Adelina su libertad.

—En realidad, Adelina, usted está casada con el verdadero conde de Duplessis, ya que fueron sus documentos auténticos los que se utilizaron para la boda—dijo Armando, "inseparable" de las cuidadas.

—En efecto, así es—ratificó el letrado—. Pero quizás haya un arreglo... Para obligar al Conde a divorciarse, puede hacerse creer que está casado con la señorita Marta...

—¿Conmigo?—exclamó la tía solterona—. ¡Yo no me presto a semejante combinación!

—¡Oh, tía no me desampares!

—Por Dios, señorita Marta, reflexione usted.

—Señorita, aquí no se trata de hacer comparaciones entre usted y su sobrina. Nadie pone en duda sus méritos... ni su belleza. Lo interesante es devolver la libertad a la señorita Adelina, y usted tiene el deber de sacrificarse.

—Sí, claro...

—Los hombres se inclinan demasiado hacia la juventud. Si al Conde se le dice que está casado con una dama... crepuscular, es más fácil obtener el divorcio.

—Hazlo por mí, tía... Papá, que debe trinar en América, y yo, te lo agradeceremos eternamente.

—Bueno, bueno... haga usted, señor abogado, lo que sea necesario...

No tardó el conde de Duplessis en ser presentado a las Armelle.

Adelina lo encontró guapísimo.

Claudio quedó admirado de la peregrina belleza de Adelina.

Y tía Marta, en presencia de tan apuesto noble, aceptó con mayor agrado su papel.

El abogado hizo la presentación.

—El señor conde Claudio Duplessis... Las señoras Armelle...

Claudio sólo miraba a Adelina, pensando que ella era su esposa... y sufrió un desencanto al decirle el abogado que lo era la otra, o sea la "vieja".

Adelina alegróse de haberle caído tan en simpatía a su verdadero marido.

El abogado explicó a Claudio lo que debía simularse para obtener el divorcio de la esposa impuesta por el capricho de un estafador, o sea que Claudio sería sorprendido en delito de infidelidad conyugal con Adelina, presentada como prima de su mujer.

—De modo que yo, señor abogado, debo ser sor-

prendido en brazos de una fingida amante, que será esta señorita, ¿verdad?

—Eso es.

—En una postura comprometedora... Así, por ejemplo, estrechándola con frenesí, como ahora.

—¡Oh, señor Conde!—protestó Adelina, sonriendo por dentro.

—Calma, calma, señor mío... La comedia se representará mañana, a las cinco de la tarde.



—Calma, calma, señor mío... La comedia se representará mañana...

—¿Sin previo ensayo?

—Creo que la señorita se ha convencido ya de que usted sabe abrazar a tiempo... y destiempo... Cabe esperar que todo irá a pedir de boca.

Pero el abogado de la familia, temeroso de que la cortedad de Adelina hiciese fracasar la escena, procuró prevenirse a tiempo, escribiéndole a Lulú la siguiente carta:

Señorita:

Su amigo el conde de Duplessis está atravesando una crisis sentimental agudísima. Si usted le tiene algún aprecio, preséntese mañana, a las 5 de la tarde, en el domicilio de la familia Armelle, 25, Boulevard des Italiens, y procure distraerlo...

Mientras tanto, tía Marta, acompañada de Armando, que se complacía en tenerla a su lado todos los ratos posibles, presentaba en la Comisaría la denuncia contra su "marido", para que el Comisario se personase al día siguiente a las 5 en su casa para sorprenderlo *in-fraganti* con Adelina.

Al otro día, "para desvanecer los últimos escrúpulos del Conde", tía Marta y el abogado le hicieron creer que Adelina era una pobre muchacha que vivía de su trabajo, y a la que se le abonaría una cantidad por interpretar su papel.

Llegó el momento de empezar la comedia.

Tía Marta y Armando vigilaban, entre dos puertas, la llegada del Comisario y, además, la escena de los verdaderos esposos.

Claudio no se quedaba corto en los abrazos, y hubo un momento que Adelina se desprendió de sus brazos... porque la "cosa" iba en peligroso aumento. Como su marido insistía en representar con toda la teatralidad del caso, Adelina armóse de un pulverizador, y, echándole el perfume en el rostro, pudo tenerlo a raya unos minutos.

Después de esto, Claudio volvió a la carga, como vulgarmente se dice. Y Adelina se enfadó un poquito:

—¡Usted representa demasiado a lo vivo, y eso no es lo conveniente!

—Vamos, no se incomode usted, Adelina. Las comedias exigen un poco de realidad... Pues si llevo a seguir los consejos que mi propia "esposa" y mi amigo Armando me daban desde ahí fuera, me pega usted.

—¡Oh! Han llamado. ¿Será el Comisario?

—No vacile usted en cumplir su cometido. Ande, mujer: aoráceme con toda su alma.

—Adelina, escóndase usted en seguida en este cuarto, haga el favor—gritó a ésta Armando, al acabar de ver por la mirilla de la puerta que quien llamaba no era el Comisario sino Lulú.

—¿Qué pasa?—preguntábase Claudio.

—¡Hola, *mon cher!*—saludóle Lulú.

—¡Demonio, eres tú!

—¿Qué tienes, *mon cher!*... ¿Acaso echabas de menos a tu gatita? Me avisaron que estabas tristán...

—¡Ah!... Pues sí... digo, no...

—¡Qué cara de juez tienes hoy, hijito! ¡Con las ganas que tu gatita tenía de verte!

—¡Oh, qué idea!... Puesto que estás aquí, aprovechemos. ¡A bailar! ¡A bailar! Ponte en *déshabillé*.

—¿Qué capricho es ese?

—Mujer, quiero que me distraigas.

—De mil amores, hijito.

Mientras Lulú se despojaba de sus ropas, Claudio entró en la habitación donde, de mal grado, esperaba Adelina, y le dijo a ésta:

—¡Avisé usted por teléfono al Comisario que venga en seguida! ¡Es ya la hora, y el momento no puede ser más oportuno! Ha llegado una visita para mí que no esperaba y que va a hacerme conseguir el divorcio.

Adelina telefoneó en seguida a la Comisaría, pero el Comisario se excusó de no poder complacerla:

—Lo siento, pero no puedo ir ahora. Acaban de llegarme asuntos urgentes... un detenido... Lo lamento, lo lamento...

Pensando que de un momento a otro llegaría el representante de la justicia para levantar acta de

su infidelidad conyugal, Claudio "bromeaba" con la bailarina en *déshabillé*.

Armando y tía Marta, cada vez más inseparables... y enamorados, ¡ay!, miraban por el ojo de la cerradura la picaresca escena. Adelina no pudo hacer menos también, hasta que, impelida por los celos, irrumpió en la habitación en que se representaba lo que debía ser comedia y tenía todas las trazas de la realidad.



...Claudio "bromeaba" con la bailarina en *déshabillé*.

—¿Pero qué significa esto, Claudio?—preguntó Lulú, malvistiéndose rápidamente, enojadísima por la presencia de Adelina, y de tía Marta y Armando, que aparecieron seguidamente.

—Esto, hijita, es... Ya te lo contaré...

—Me has tomado el pelo como una china, pero no te vas a reír más de mí. Toma.

Sonó una bofetada... y luego una puerta cerróse con estrépito.

—¿Qué ha pasado?—preguntó tía Marta a su sobrina.

—La casualidad vino a ayudarnos... ¡pero de nada nos ha servido! El Comisario dice que no puede venir.

—¡Qué contratiempo! Si hubiese venido, es indudable que a estas horas ya podíamos considerarnos divorciados, señora—dijo Claudio a su “esposa” Marta.

Al marcharse el Conde cayósele un papel al suelo, en el que Adelina, recogiéndolo, leyó:

Ir mañana a la taberna del Gato Gris Barrio Latino.

Era una dirección dada a Claudio por Lulú para encontrar a Marcelo el rata de hotel.

*
**

Al día siguiente, Adelina, interesada ya por su marido, se dirigió al Barrio Latino, para proseguir su comedia de muchacha pobre, y presentóse en la taberna del Gato Gris, donde encontró a Claudio, puesto “en carácter” para iniciar allí sus pesquisas.

El Conde había llegado media hora antes, infundiéndole al principio sospechas en el ánimo de los sospechosos concurrentes, pero conquistándose luego su confianza al fingirse bohemio. Incluso alquiló allí mismo, a un conserje aficionado a hacer eses, un piso amueblado considerado libre por falta de noticias y de pago del último inquilino.

—¿Usted por estos lugares, señorita?—dijo Claudio a Adelina, cariñosamente, gustándole una barbaridad vestida tan modesta y limpiamente.

—Vengo de recoger la faena en la fábrica... y como tenía sed...

—¡Ah! ¿Luego es cierto que usted vive de su trabajo?

—Sí, señor, yo me gano la vida trabajando...

—¿Vive sola?

—Sí, señor... No tengo familia...

—Yo vivo en un pisito amueblado en este barrio...

¿Quiere usted venir a verlo?

—¿Por qué no?

Un poco después, Adelina y Claudio llegaban al cuarto recién alquilado. No estaba mal. Mucho polvo. Lo que ambos ignoraban era que aquella habitación pertenecía a Marcelo Viterbo. ¡Cosas del destino!

Curiosa, Adelina lo escudriñó todo.

—(¿Qué es esto? ¿Para qué querrá mi marido este Manual del Perfecto Ladrón?... Oiga, Conde, ¿es suyo este libro?)

Claudio, que había dicho a Adelina que vivía en aquel pisito, no tuvo más remedio que atribuirse todo lo que había en él, y al comprobar que el libro era de pronóstico, explicó su “posesión” así:

—No haga usted caso... Es un libro que compré por curiosidad. Como vivo ahora en este ambiente, para estudiar tipos, me gusta empaparme de lo que llamamos “color local”.

—Comprendido. Veo que tiene usted un cuartito muy mono. Lo que sí, me parece adivinar en algunos detalles una mano de mujer...

—Tal vez... claro...

—¿Y ese otro cuartito, separado por un tabique de éste, es su dormitorio?

—Sí... eso es... mi dormitorio.

—Muy original... y escondidito.

—Así se duerme mejor.

—¡Ah! ¿Es suyo este cuadro? Bonito paisaje. ¿Es usted pintor?

—Sí... no una celebridad, pero me defiendo... (¡Caramba! A ver si resulta que soy una enciclopedia! Pero ¿qué veo? ¿Otro cuadro? ¡Atiza! ¡Si es Lulú! ¿Quién pudo ser el otro inquilino para conocer a

esa "estrella" tan fresca? Le voy a embadurnar la cara, para que Adelina no la reconozca, si no va a creer que me visita aquí... y se acabó la aventura con ella.)

—¿Qué hace usted, Conde?

—Llámeme Claudio, haga el favor.

—Bien. ¿Qué hace usted... Claudio?

—Es cubismo... cubismo puro... La cara, un manchón... Soy un artista muy "pintoresco"...

—Por *sport*, diga usted. Con su fortuna, ¿qué necesidad tiene usted de trabajar? En cambio, yo... yo tengo que trabajar duramente para poder vivir. La vida no es tan fácil para todos como para usted...

—Yo no trabajo... Aquí me divierto dedicándome a mis aficiones artísticas...

—Eso está muy bien. Crea que me gustaría encontrar en este ambiente el marido ideal.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y... no puedo ser yo ese marido?... Por usted me siento capaz... hasta de trabajar.

—¡Qué buen humor tiene usted! Eso es un exceso de galantería... muy aristocrática. ¡Qué diría su "esposa"!

—¿Mi esposa? Se alegraría. ¿No busca una ocasión para divorciarnos?

—Pues es verdad.

—Quédese usted aquí, si cree que, conociéndonos, podemos desear convertirnos en marido y mujer.

—Es una idea...

—Pero ¿qué haremos? Porque se trata de ganarse la vida trabajando.

—Naturalmente. Yo hago muñecos. Es mi oficio. ¿Qué le parece si nos dedicásemos a hacer muñecos y a venderlos nosotros mismos?

—¡Excelente proyecto! ¡Convertiremos esto en taller, y yo pondré mi arte al servicio de la nascente industria! ¡Pintaré las caras de los muñecos!

—¡Encantador!

Aquel mismo día empezó la unión moral de prueba de aquel matrimonio verdadero.

Adelina escribió a su tía esta carta:

No me esperes en casa por unos días, pues me quedo a vivir con Claudio en el Barrio Latino. No te asustes. Un tabique separa nuestras habitaciones, y además... vivo con mi marido. ¿No estoy legalmente casada con él?

Un abrazo de tu sobrina que te quiere

Adelina.

Pasó un día, pasaron dos... Los muñecos se amontonaban en el taller, no muy mal confeccionados por Adelina pero horriblemente pintados por Claudio, aunque éste sostuviera lo contrario.

Pero, con todo, no quedaba ni uno por vender.

No era de extrañar... porque sus autores los regalaban a los niños de las casas vecinas.

Y a medida que salían los muñecos del taller, los corazones de los "artistas" se acercaban irresistiblemente.

—¡Adelina!... ¡No sabe usted las ganas que tengo de que caiga un día ese maldito tabique que nos separa!—no pudo por menos de decirle un día Claudio a su propia costilla, cuando ella se retiró, cerrando la puerta de comunicación con el taller, a descansar.

Durante una ausencia de Claudio, Adelina descubrió en un rincón la maleta que Marcelo, el rata de hotel, le robara al Conde, de una de cuyas asas pendía una etiqueta con el nombre y apellido del noble, y acicateada por la curiosidad, esa "cualidad" tan femenina, la abrió y sus ojos dieron "vueltas" en sus órbitas al verla llena de instrumentos para el robo, propiedad, desde luego, del ladrón. A un lado de dicha maleta vió también un paquete de cartas con escritura femenina, y tras de ligera va-

elación se puso a leer los escritos, redactados, más o menos como sigue:

Gatito mío:

Cada día que pasa me tienes más loquita por tus hechuras. ¡Y tú ya te das cuenta de ello, bribón, y te haces el interesante! ¿Por qué hace dos días que no vienes a verme? Ven esta noche sin falta y verás qué sorpresa te reservo.

Lulú.



...los corazones de los artistas se acercaban irresistiblemente.

—¡Ah, el conquistador! Y me decía que era libre...

Claudio, entretanto, había visto a Marcelo en el barrio, a la puerta de la casa en que él vivía con Adelina—probablemente Marcelo volvía a su pisito después de mucho tiempo de no haber puesto sus pies en él—, y como el rata lo reconoció, de aquel

día que lo viera con Lulú en el "Ba-ta-clan", echó a correr, persiguiéndole el perjudicado por sus hazañas.

Claudio no pudo alcanzar a Marcelo, y de regreso al "taller", aquél vió sumarse a su disgusto por no haber podido cortarle las orejas al segundo, los severísimos reproches de Adelina por lo que ella creía su correspondencia con Lulú.

Claudio negó, aunque primero, como de costumbre, dijera que eran suyas esas cartas.

Adelina, enojada, marchóse a su habitación, plantando a Claudio en la suya con estas palabras llenas de acritud, vulgo celos:

—¡Es usted un farsante! ¡Y para esto me obliga a hacer muñecos a su lado? ¿Para qué quiero más muñeco que usted?

Aquella noche, los dos "artistas" durmieron mal.

Cada uno de ellos tenía un muñeco, que en su ilusión representaba al ser amado. Dormían con ellos... mas no aquella noche; al contrario, fueron arrojados de la cama.

A la mañana siguiente, Claudio quería hacer las paces con Adelina, negándose ella, aun dominada por los celos, a pesar de haber soñado que los muñecos, que eran ellos mismos, se reconciliaban para casarse e ir al palacio encantado de la dicha.

Y Claudio, malhumorado, se marchó prometiendo no volver...

Un poco después, Lulú en persona, creyendo que Marcelo—al que vió subir a su "auto" cuando, la víspera, Claudio le perseguía, y con quien rehizo el pacto de amarle de nuevo—segua viviendo en aquel cuartito del Barrio Latino, llamaba a la puerta del mismo.

Como Adelina se vestía, tardó en ir a abrir. Atribuyendo Lulú el silencio a sus llamadas a la ausencia de Marcelo, echó por debajo de la puerta al interior una notita así concebida:

Gatito:

Te espero esta noche en el "Ba-ta-clan". No faltes.

Lulú.

—¡Ah, infame! ¡Y aun sostiene que esas cartas no son tuyas!—quejóse Adelina al leer ese manuscrito.

Armando, sin noticias de Claudio ni de Adelina desde algunos días, fué al taller, y en él encontró Horosa a Adelina.

—¿Qué pasa?

—¡Oh, señor Armando, soy muy desgraciada! ¡Claudio se ha marchado... y me ha abandonado!

—Serenidad, hija mía. Vamos a su casa de usted. Su tía la espera impaciente. No se apure. Todo se arreglará.

—Sí, vamos, pero prométame que esta noche me acompañará usted al "Ba-ta-clan".

—Pero...

—¡No se excuse, porque no le valen argumentos!

*
**

El deseo de olvidar el fracaso de su idilio llevó a Claudio al elegante *cabaret*.

Lulú, que como se recordará tenía sobrado motivo para estar enojada con Claudio desde aquel día de la escena frustrada en casa de Adelina para provocar el divorcio, se resistió un poco a aceptar su invitación de beber una copa de champaña con él, en un palco.

Adelina, sin hacer caso de los consejos de Armando, también fué al "Ba-ta-clan" con el solterón, que tenía puestos sus ojos en los encantos otoñales de tía Marta, y el palco que escogieron caía precisamente enfrente del que ocupaban Claudio y Lulú.

Tenían que verse... y se vieron.

Adelina, para dar celos a Claudio bailó hasta casi marearse con el enjambre de jóvenes que la rodeó desde su aparición, y el Conde, que sólo quería hablar con Lulú para reprocharle la causa de todas sus desdichas, no pudo reprimir sus celos al ver a Adelina en los brazos de otros, y fué a recriminarle su incomprensible conducta.

—¿Y era usted la señorita pobre que tenía que trabajar para vivir? ¡Qué odiosa mentira!

También hubo un "piropo" para Armando, que ya lo esperaba:

—¡Has sido tú quien ha traído aquí a Adelina! ¿No te da vergüenza representar a tus años estos papeles?

Marcelo, el rata, sudó el quillo durante la entrevista de Claudio con Lulú, pues él tuvo que ocultarse en el saloncito reservado del palco, oyéndolo todo, y cuando Claudio y Adelina se fueron del *cabaret*, cada cual por su lado, decidió ir a recoger su maleta e instrumentos del pisito del Barrio Latino.

Pero también fueron allí, tal vez impulsados por un fenómeno de sugestión, Claudio y Adelina.

Esta, arrepentida de su arranque de celos, con el que hizo sufrir mucho a Claudio, le pedía desde su cuarto que la perdonase y abriese la puerta.

Pero era Marcelo quien empujaba la puerta de comunicación para que no le descubriera.

En esto apareció Claudio, oyó lo que decía su amada, vió al rata, se abalanzó a él, Adelina pudo salir de su cuarto, y al fin ella misma, al ver a Marcelo, reveló la verdad:

—¡Mi marido!

—¡Cielos!—clamó Marcelo aterrado.

—¡Diablo! Pero, ¿quiere usted explicarme?... ¿De modo, Adelina, que es usted la esposa del Conde... es decir, de mí?

—Sí, Claudio... Yo soy, y no mi tía Marta.

—Sí, caballero... Usted es el verdadero marido de

la señora, puesto que en su nombre me casé yo con ella. Es como si ustedes hubiesen contraído matrimonio por poderes—aclará además Marcelo, buscando disculpa a sus hazañas.

Claudio quería cortarle las orejas, mas desistió de ello, conviniendo con Adelina que, después de todo, era gracias a él a quien debían la felicidad de amarse.

Marcelo, agradecido, devolvió la diadema de 200.000 francos que “regalara” a su “esposa” el día de su boda, para no dejarle muy mal recuerdo de su aventura de amor.

—El ser ladrón no impide sentirse caballero de vez en cuando... Quiero hacerle a la señora *mi* regalo de boda.

Adelina se resistía a aceptar esa joya... mas Claudio hízole rechazar sus escrúpulos.

—Acéptala, vida mía. ¡La he pagado yo! Ahora, joven, váyase, y pronto.

Marcelo no se lo hizo repetir.

Y Claudio, abrazado a su verdadera mujercita, comentó refiriéndose al ladrón:

—¡El Rey de los frescos! ¡Se pone a su lado una foca, y estornuda!

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura militar

IMPORTANTE.—Nuestros lectores habrán observado que la presente novelita no es la que habíamos anunciado en nuestro número anterior. Esta variación es debida al deseo de dar a conocer con más anticipación a nuestros lectores, esta última producción de la célebre artista María Jacobini, en Alemania.

En nuestro próximo número publicaremos el Argumento que habíamos anunciado, o sea CORDELIA, LA MAGNÍFICA.
